

¿De verdad Dios perdona siempre? ¿Se olvida totalmente de nuestros pecados? ¿Qué significa eso realmente? ¿Y cómo puedo enmendarme o arrepentirme si no lo siento?

La referencia más explícita que tenemos sobre esta cuestión la encontramos en la parábola del hijo pródigo (*Evangelio según san Lucas* 15, 11-32). Jesucristo recurre a esta historia para mostrar cómo es el corazón de Dios Padre.

Después de que el hijo ha abandonado la casa de su padre y ha malgastado disolutamente todo el dinero de su herencia, ante la miseria y el hambre que padece, decide regresar a su casa porque allí hasta el último jornalero tiene comida abundante.

El padre, después de los agravios que ha sufrido de parte de su hijo, lo recibe lleno de un cariño y una alegría tan desbordantes como sorprendentes. Y cuando su hijo le presenta su arrepentimiento (que empieza siendo un poco interesado, ya que él había decidido regresar, en parte, por el pan), el padre no se pone a hacerle reproches, o a extraer una moraleja de la situación, o a echarle en cara el motivo interesado que le empuja a regresar, sino que pide a los sirvientes que le pongan la túnica, el anillo y las sandalias (que son el símbolo de la filiación), porque ¡este es mi hijo que se había

perdido y ha sido hallado!

Es decir, el padre no se fija en sus vulnerados derechos de padre, ni en las heridas que le ha causado el desprecio de su hijo, sino que mira pura y exclusivamente al hijo, la suerte de su hijo amado.

Dios Padre solo tiene en cuenta la felicidad de cada ser humano, y no se tiene en cuenta a sí mismo, no le pesa la ofensa que pueda suponer el pecado: Dios no actúa como un resentido. Por eso nos entregó a su Hijo amado. Y por eso, solo busca perdarnos: perdonar es su gran alegría.

Es más, su perdón se adelanta a nuestro arrepentimiento: ya está ahí, esperando nuestro regreso. Por eso Jesucristo buscaba a los pecadores, comía a su mesa, les manifestaba su cariño. Y es este cariño lo que abría el corazón de esos hombres para volver a Dios. Es la misericordia de Dios lo que conmueve el corazón humano y le lleva a un arrepentimiento sincero.

Por eso, el primer arrepentimiento puede no sentirse del todo. El atractivo del pecado puede ser más intenso que el del arrepentimiento, o uno puede no entender aún

del todo por qué algo es pecado.

Lo que importa en ese momento es dejarse alcanzar por el amor de Dios, conmovirse ante la paciencia y el cariño con que siempre nos está buscando. Comprobar hasta qué punto el amor de Dios es generoso y desinteresado. Y confiar plenamente en ese amor, en lo que nos pide ese amor. ■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
976-987.

Eduardo Terrasa